

HOMILÍA POR LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO (25.I.21)

“No se turbe vuestro corazón, creed en Dios, creed también en mí” (*Jn* 14,1). El Señor conoce lo que se esconde en el corazón del hombre (cfr. *Jn* 2,25), sólo Él lo conoce. Acudimos pues a Jesucristo, queremos vivir de su Palabra, para que nos revele eso escondido en nosotros, que no nos atrevemos a ver ni a responder, pidiendo su don más secreto *la paz*.

Venimos a guardar una memoria, en algo que da vida, porque nos enseña a vivir. La permanencia en el recuerdo es un signo de estabilidad en medio de un mundo cambiante que hace vacilar muchas de nuestras seguridades. Es aquí donde esa invitación del Señor nos ilumina. La muerte de Gregorio Ordóñez significó una victoria, de una misión sobre una violencia. No puede entenderse como un movimiento para cumplir unos objetivos, una estrategia, sino un sacrificio para iluminar un bien profundo que une a los hombres. Nos ilumina la realidad divina de vencer cuando parecemos derrotados, una fortaleza en medio de una aparente derrota, es el lugar donde Dios habla a nuestro corazón.

Venimos en una actitud de oración, porque es el lenguaje de la esperanza. Los actos fundamentales de nuestra vida no obedecen al cálculo de posibilidades que envuelve siempre nuestro obrar en marcos mezquinos y, por eso mismo, frágiles. Sólo un horizonte grande de vida es capaz de iluminar el porqué de nuestro vivir, que se contextualiza entonces en la imagen del camino. Un hombre caminante con el anhelo de la esperanza.

No deja de asombrarnos que el Señor, al hacer la Alianza con su pueblo, Israel, aun insistiendo en la promesa de una tierra que “mana leche y miel”, lo hiciera en un *desierto*, donde no parece haber caminos y donde un error en la dirección supone morir. Era para significar de qué modo Él mismo era el camino y que “no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (*Dt* 8,3). Se trataba de encontrar en su llamada la luz y la fuerza para caminar.

La muerte de Gregorio, la entrega de su vida, nos enseñó un horizonte grande, más allá de los obstáculos de un camino en el desierto, un fin que exigía un rectitud para no apartarse del sendero y por lo que había que apostararlo todo. Son sentidos profundos y existenciales que marcan una vida y que no dependen de los avatares coyunturales, no se saca de ellos partido, sino luz.

Qué importante es saber esto para llenar de esperanza nuestra vida en todas las circunstancias, también las actuales de tanta dificultad. De este modo, no creemos en un ideal que nos saque de este mundo, pero que puede ocultar muchas frustraciones, sino de una verdad que nos guía.

Este es lo esencial en una situación como la actual donde todo parece dominado por el miedo y la incertidumbre. Unas amenazas que se manifiestan a niveles mundiales y que nos hacen sentirnos tantas veces impotentes ante un mal que se impone con una fuerza formidable.

Ciertamente, se debe a la invasión de una pandemia que ha sacudido nuestro sistema de vida y puesto en cuestión todo tipo de previsión. Que nos ha obligado a cambiar nuestros hábitos y disposiciones y amenazado con la debilidad, la muerte y las consecuencias de un desastre de enormes dimensiones.

Evidentemente, la respuesta no es refugiarnos en un lugar seguro para que no nos afecte, como si el mal que viven miles y miles de personas no nos importara. Tampoco es hacer de ello un motivo más del cálculo político para asegurar un poder sobre los demás, sin conexión con sus intereses legítimos. Lo que se ha puesto en cuestión no es solo unas ciertas prácticas sociales, sino también el sentido mismo de las libertades civiles y el papel real del *bien común* en una sociedad.

Desde luego que nos ha hecho sentirnos *vulnerables* en un nivel sin precedentes. La técnica no nos puede prometer la solución a nuestra vulnerabilidad y es parte de la sabiduría humana saber vivir con ella. Sólo se puede hacer si existe un bien *por el que merezca dar la vida*. De otro modo caemos en la paradoja de que “quien quiera ganar la vida la perderá”, el miedo a la muerte como recuerda la carta a los Hebreos hace que los hombres puedan vivir como esclavos (*Heb 2,15*). Sólo aceptando que el mal nos afecta, podemos vencer el mal a fuerza de bien (*Rom 12,21*).

La razón del bien común es una orientación a la acción positiva, y no al mero refugio, porque nos hace valorar cada bien en el sentido de vivir y nos da la razón profunda de nuestras relaciones. En vez de considerar este tiempo como una incomunicación que nos hace más individualistas, hemos valorado mejor la importancia de nuestras relaciones por lo que valen y la necesidad de *cuidarnos unos a otros*. Sí porque esa solidaridad que ha surgido es parte de nuestro camino. En verdad “somos los guardianes de nuestros hermanos” (cfr. *Gen 4,9*). De

aquí la contradicción enorme de una ley de eutanasia que olvida que la vida de cada uno es un bien común, porque tiene que ver con compartir un don de Dios que nos une como hermanos.

No ha sido una casualidad que en medio de este contexto el Papa Francisco nos haya ofrecido la encíclica *Fratelli tutti*, porque ante un panorama de poderse encerrar en intereses individualistas o nacionalistas, ante los indudables signos de una arbitrariedad en el poder con tintes totalitarios que ignoran el valor de las libertades cívicas. Esa fraternidad, nacida del don de un Padre es una luz en el camino. La esperanza nace de la presencia de un don que nos promete una acción divina que ya actúa en nosotros. En el cambio de época que vivimos eso es lo que permanece, y nos permite vivir más allá de los miopes cálculos humanos, casi siempre basados en categorías periclitadas que no permiten ver el horizonte. Como buenos samaritanos, podemos responder ante las miserias humanas con un amor capaz de construir: “Es un llamado siempre nuevo, aunque está escrito como ley fundamental de nuestro ser: que la sociedad se encamine a la prosecución del bien común y, a partir de esta finalidad, reconstruya una y otra vez su orden político y social, su tejido de relaciones, su proyecto humano” (n. 66).

Este horizonte nos abre a una verdad mayor que nosotros, no podemos caer en la ilusión de un mundo que se salva a sí mismo y que conduce después irremisiblemente a un nuevo Babel, que divide a los hombres y hace imposible la empresa que pretendía. Se trata de una presencia de Amor por la que dar la vida y que nos hace vivir la *gran esperanza*, capaz de vencer todo temor.

En verdad, el recuerdo de Gregorio Ordóñez, nos hace herederos de un sentido de vivir que supera los miedos, necesario ahora cuando los medios de comunicación y tantas autoridades públicas intentan comunicarlo con toda insistencia. Como él supo muy bien, las personas imbuidas de temor se hacen pasivas, son fácilmente manipulables, pues tienden a justificar todo con tal que ellas se sientan protegidas. Corrompe así la libertad verdadera, en el punto originario de la motivación primera de las iniciativas y la promoción del bien común. Se crea así una sociedad aletargada, obediente sin crítica a las directrices que recibe con mensajes de cierta presión, sin capacidad de construir una sociedad en los bienes verdaderos.

En momentos donde la incomunicación ha sido la experiencia de muchos, la necesidad de relaciones constructivas es del todo necesaria. Comprendemos que el encuentro con el que nos ha revelado la fraternidad en Dios tiene como primer efecto no vivir solos, es más, no dejar solos a los demás. Aquí ese “creer en Dios, creed también en mí” al que nos exhortaba Jesucristo, cobra una fuerza grande en el orden social. Consiste en descubrir la grandeza de un bien capaz de “vencer al mundo” (cfr. *Jn* 16,33), un mundo encerrado en sí mismo que no es capaz de generar vida.

Podemos ahora dejarnos tocar por esas palabras del Papa Francisco que todavía resuenan en la plaza de San Pedro, vacía para su oración y bendición dedicada al mundo entero: “El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor”.

Eso es lo que se nos llama a creer, como un amor que vence nuestros temores, que permanece mientras el mundo cambia y que tiene a María, “Salvación del pueblo” como un signo firme de una esperanza en un Amor que no defrauda (cfr. *Rom* 5,5). Nos reúne así “como a hijos de Dios dispersos” (cfr. *Jn* 11,52), para que vivamos con la luz de esa nueva fraternidad.

Tenemos así ese ancla que nos asiste y sostiene en medio de las tormentas de la vida, que da una seguridad que el mundo no nos puede dar. De una compañía que nos enseña cómo entregar la vida. En medio de las incertezas la Palabra de Cristo nos sostiene, para que no tiemble nuestro corazón. Podemos decir con la voz del Papa Francisco “Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (*Mt* 28,5). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque Tú nos cuidas” (cfr. *1 Pe* 5,7)”.